

Reconstruir la esperanza

Luiz Carlos Bresser-Pereira

La Onda digital 745, noviembre 2015

Discurso al recibir el premio Juca Pato como Intelectual del Año 2014, de la União Brasileira de Escritores. São Paulo, 9 de noviembre de 2015.

Mis amigos, me siento honrado y feliz al recibir el premio Juca Pato. Recorriendo la lista de los escritores o intelectuales que me antecedieron, veo a algunos de mis maestros, como Caio Prado Junior y Alexandre Barbosa Lima Sobrinho, y algunos de mis amigos, como Fernando Henrique Cardoso y Luiz Alberto Moniz Bandeira, y me siento en muy buena compañía.

Qué puedo decir a todos los aquí presentes además de mi agradecimiento?

Mi agradecimiento a todos que me ayudaron, mi agradecimiento a la União Brasileira de Escritores que me concede este premio. Podría discutir la grave crisis en que se encuentra la sociedad brasileña hoy. Ola crisis mundial desencadenada en 2008 y de la cual los países ricos van saliendo lentamente. Tal vez esos pueden ser los temas adecuados. Pero lo que más me impresiona no son esas crisis, que acaban siendo superadas, sino la falta de esperanza que caracteriza al mundo desde que el socialismo dejó de ser una utopía posible. La pérdida de la creencia en la idea de progreso o del desarrollo humano, hace tiempo alcanzó a los países ricos. En los últimos años también alcanzó a Brasil.

Será que esta falta de esperanza es inherente a las sociedades tecno-burocráticas capitalistas de nuestro tiempo Podemos tener esperanza sin la perspectiva de una sociedad socialista, contando apenas con la continuidad del desarrollo humano? Será que las "lógicas" en conflicto que presiden el mundo moderno – la lógica del capital, la del conocimiento, la de la democracia, y la de la nación – nos llevan necesariamente a no tener proyectos comunes de construcción social?

Existe, entonces, la posibilidad de reconstruir nuestra esperanza?

Estamos acostumbrados a pensar la sociedad moderna como una sociedad capitalista y liberal. Pero, desde el siglo XX, ella es también una sociedad tecno-burocrática, una sociedad del bienestar social, y una sociedad democrática. Está organizada bajo la forma de estados-nación. Lo que nos permite afirmar que la sociedad moderna está definida por cuatro lógicas. La primera lógica es la del capital. Es la lógica de la propiedad privada de los medios de producción, de acumulación de capital y del lucro. Es la lógica del empresario schumpeteriano, que organiza la producción e innova para buscar el lucro, pero es también la del capitalista rentista, que busca los intereses y arrendamientos. Es la lógica de la mercadería y del trabajo asalariado. Es la lógica de la desigualdad, de la herencia que perpetúa el control del capital en la familia. Pero también puede ser la lógica de los derechos civiles, de la igualdad de todos ante la ley, de la creatividad y del crecimiento económico.

La segunda lógica es la de la organización. Es la lógica de la propiedad colectiva de las organizaciones por los tecno-burócratas que vemos en las grandes empresas y en el aparato del Estado. Es la lógica de la clase tecno-burocrática o profesional. Es la lógica del conocimiento técnico, de la administración y el

planeamiento. Es la lógica de la meritocracia y, portanto, también la de la desigualdad, sea porque premia de forma desproporcional a los más competentes, sea porque las familias consiguen transferir para sus hijos el conocimiento de forma privilegiada. La tercera lógica de las sociedades modernas es la de la democracia. Esa es la lógica del sufragio universal y la igualdad. Las dos clases dirigentes (capitalista y tecno-burocrática) pretenden que esa lógica sea suya, aunque realmente es la lógica de la clase trabajadora, que duramente conquistó el sufragio universal. Es la lógica de un sistema de gobierno en el cual los trabajadores, aunque no disponen del capital y del conocimiento, tienen una voz. Es la lógica de la igualdad entre los ciudadanos al momento de votar, y, más ampliamente, es la lógica de la disminución de las desigualdades económicas.

Las primeras tres lógicas corresponden a tres revoluciones: La lógica del capital corresponde a la revolución capitalista – o sea, a la formación de los estados-nación y a la Revolución Industrial –, y ocurrió en el siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX. La lógica de la organización corresponde a la revolución organizacional que tuvo lugar al final del siglo XIX, durante la Segunda Revolución Industrial, cuando la unidad básica de producción dejó de ser la familia o empresa familiar, para ser la gran organización burocrática, y los administradores dejaron de ser un mero estamento del Estado patrimonialista, para constituir una gran clase de profesionales, de gerentes y técnicos. Finalmente, la lógica de la democracia corresponde a la revolución democrática que ocurrió en el giro para el siglo XX, cuando las clases populares vencieron la resistencia de la burguesía liberal, que temía “la tiranía de la mayoría”, y logran el sufragio universal.

De estas tres revoluciones, apenas la capitalista implicó una transformación radical de la sociedad. Las otras dos se sumaron a la revolución capitalista, modificándola. Las tres implicaron avances políticos importantes: la primera al caminar en dirección a la igualdad de los derechos civiles; la segunda al valorizar el conocimiento y la competencia administrativa; y la tercera al abrir el camino para la igualdad política y social. La cuarta lógica de las sociedades modernas es la de la nación. La nación, como la sociedad civil, es una forma de organización política de la sociedad. La nación es la sociedad que ocupa un territorio y une a todos sus miembros a una misma historia y a un mismo destino. La nación sólo se forma plenamente cuando construye un Estado, que será su principal instrumento de acción colectiva.

La lógica de la nación es la lógica de la autonomía nacional y el desarrollo económico. Pero la lógica de la nación es también la de las potencias imperiales, que identifican los intereses del mundo con sus intereses. Es imposible entender el mundo en el cual vivimos si no comprendemos el imperialismo moderno, que deriva del nacionalismo de los países ricos u Oeste imperial. Hoy, ese imperialismo actúa menos a través del uso de la fuerza, y más del uso del soft power o de la hegemonía ideológica. Soft power dotado de una enorme capacidad de cooptación de las elites locales, que son transformadas en elites dependientes. Su gran triunfo está en el hecho de que sus sociedades ricas y democráticas sirven de ejemplo a ser seguido por los países en desarrollo. Lo que sería razonable es que el Oeste aceptase que esos países adoptasen las mismas

políticas nacionalistas y desarrollistas adoptadas por ellos, países ricos, cuando realizaron su revolución capitalista; pero eso está fuera de cuestión.

La ideología del capital es el liberalismo; la ideología de la tecno-burocracia es el eficientismo; y la ideología de la democracia es ella misma, es la ideología de la nación, es el nacionalismo y el desarrollismo. El nacionalismo, cuando es étnico, es una ideología peligrosa, que fácilmente se transforma en autoritarismo, discriminación y hasta en genocidio. Por eso es mejor pensar el nacionalismo en términos económicos, en términos de desarrollo, en términos de búsqueda del desarrollo nacional, y rechazar cualquier nacionalismo étnico. En verdad, tenemos dos formas de organización económica del capitalismo: el desarrollismo o el liberalismo económico. En tanto el desarrollismo defiende una política macroeconómica activa, la responsabilidad fiscal y la responsabilidad cambiaria, el liberalismo económico, contra toda evidencia, presume que basta garantizar la responsabilidad fiscal y controlar la inflación para que haya desarrollo económico y estabilidad financiera. Segundo, en cuanto el nuevo desarrollismo afirma que el sector competitivo debe ser coordinado por el mercado, solamente el sector no-competitivo exige planeamiento del Estado, el liberalismo económico no hace esa distinción.

Tercero, el desarrollismo parte del presupuesto de la competición entre los estados-nación, mientras que el liberalismo económico ignora a la nación, y, en la práctica, se alía a los intereses del Oeste imperial. Las sociedades modernas han definido, históricamente, cinco grandes objetivos políticos: la seguridad, la libertad individual, el bienestar económico, la justicia social y la protección del ambiente. Para alcanzar sus objetivos, construyeron sus instituciones, entre las cuales dos son fundamentales: el Estado y el mercado. El Estado es la institución mayor de cada sociedad, y el sistema constitucional-legal es la organización o administración pública que lo garante. El mercado, debidamente regulado por el Estado, es una extraordinaria institución de coordinación del sector competitivo de cada economía nacional. Cada Estado-nación precisa tener un mercado competitivo y, principalmente, de un Estado fuerte o capaz, porque el Estado es el instrumento de la nación para lograr el equilibrio posible entre las tres primeras lógicas del capitalismo y sus respectivas clases sociales.

Pero un Estado sólo será fuerte o capaz bajo dos condiciones: primero, que su sociedad sea suficientemente prudente para entender que su regla de oro es la del compromiso y las concesiones mutuas. Segundo, que haya entre sus miembros, y, en particular, entre sus políticos, un grado razonable de espíritu republicano. En las sociedades modernas y democráticas los conflictos entre individuos, grupos, clases sociales, y naciones son inevitables, cabiendo a la política considerarlos y resolverlos. No de forma óptima – que no existe – pero de la mejor forma posible. No através de la guerra y de la eliminación del adversario, transformado en enemigo, sino através de la negociación política, en la cual todos tienen que ceder un poco. Esa es la tarea de los políticos, que la sociedad contrata para que negocien y gobiernen, pero también es la obligación de cada ciudadano. Ninguna sociedad logra ser razonablemente armónica y consigue construir un Estado capaz sin que sus ciudadanos estén prontos para concretarlos compromisos necesarios.

Es natural o comprensible que los ciudadanos y los políticos defiendan sus intereses y, sin darse cuenta, los identifiquen con los intereses del todo. Pero, esto no impide que exista un número minoritario pero razonable de ciudadanos y políticos dotados de espíritu republicano – de hombres y mujeres que consideran el interés público como prioritario, no hesitando en tomar decisiones que no les interesa, pero interesa a la sociedad. Ay de la sociedad que no tiene entre sus miembros un número razonable de ciudadanos y políticos con esa cualidad. En síntesis, las clases sociales tienen sus propias lógicas, pero no pueden ignorar las de las otras. Las fuerzas políticas de derecha que quieren ignorar la lógica de los derechos y de la democracia fracasan, como fracasan las fuerzas de izquierda, cuando quieren ignorar la lógica del capital y de la organización.

La convivencia entre las tres lógicas y las tres clases sociales es una convivencia contradictoria, siempre en transformación; pero es también una convivencia inevitable, que sólo puede ser pensada de manera dialéctica, y sólo puede ser enfrentada a través de una combinación de espíritu republicano con la capacidad concretar compromisos políticos. Estas ideas se aplican, hoy, en Brasil? Las cuatro lógicas? Los cinco objetivos? Los dos principios? Ellas nos ayudan a comprender el semi-estancamiento reinante desde 1980, y la grave crisis actual? Diré apenas algunas palabras sobre esto. Tomando la historia de Brasil desde 1930, la sociedad brasilera pasó por dos grandes ciclos de relación Estado-sociedad: entre 1930 y 1980, el Ciclo Nación y Desarrollo. Entre 1980 y las manifestaciones de junio de 2013, el Ciclo Democracia y Justicia Social. En el primer ciclo, Brasil se industrializó, desarrollándose de manera extraordinaria, pero continuó una sociedad marcada por la desigualdad y el autoritarismo. En el Ciclo Democracia y Justicia Social, la democracia fue alcanzada, se logró alguna disminución en la desigualdad económica, a través, principalmente, de la construcción de un Estado de bienestar social, pero el desarrollo económico fue paralizado. En cuanto al primer ciclo, la renta por habitante crecía a una tasa anual de 4%, en el segundo ciclo, esa tasa fue de apenas 1%. En 2015, a este semi-estancamiento de largo plazo se sumó una fuerte recesión y una grave crisis política.

Cuál es la razón de los malos resultados económicos?

Estoy convencido de que ellos están asociados a dos problemas culturales o ideológicos: la pérdida de la idea de nación y a una alta preferencia por el consumo inmediato. Con la gran crisis de los años 1980 y el predominio neoliberal en todo el mundo, las elites brasileras perdieron su idea de nación, abandonaron el desarrollismo y adhirieron al liberalismo económico. Pasaron, así, a aceptar una tasa de cambio apreciada y déficits en cuenta-corriente elevados, que mucho interesan a los países ricos, no a nosotros. Dijeron que esos déficits eran “ahorro externo” pero, en verdad, representaban populismo cambiario que permitía el aumento del consumo a costo del endeudamiento externo. Así, además de reflejar la pérdida de la idea de nación, esos elevados déficits en cuenta-corriente y la correspondiente tasa de cambio apreciada en el largo plazo eran una manifestación de alta preferencia por el consumo inmediato que existe en Brasil. Era una forma de populismo cambiario de nuestra parte que se, asocia perfectamente con la propuesta liberal del Oeste, de crecimiento con endeudamiento externo. En los últimos doce años hubo una tentativa de mudar

ese estado de cosas, pero al final se cometió el mismo error del populismo cambiario expresado en elevados déficits en cuenta-corriente. Por eso el desarrollo económico no ocurrió, y el pacto desarrollista que el gobierno propuso a los empresarios industriales fracasó, como no podía dejar de ser. En el gobierno Lula, entre 2003 y 2010, el Banco Central, controlado por economistas liberales, dejó valorizar el tipo de cambio de manera radical. En consecuencia, los empresarios se encontraron delante de un extraño capitalismo – un capitalismo sin lucros, pero con intereses – y dejaron de invertir. El apartamiento de los empresarios industriales del gobierno ocurrió a partir del final de 2012. Pero la crisis política sólo se desencadenaría en junio de 2013, cuando ocurren grandes manifestaciones políticas. Esas manifestaciones de desagrado fueron principalmente una manifestación de la clase media tradicional, tanto la clase media burguesa como la tecno-burocrática. De repente esa clase se dio cuenta que ella había sido excluida de los beneficios del exiguo desarrollo económico ocurrido desde la transición democrática.

Los pobres recibieron una preferencia clara de los gobiernos democráticos que se empeñaron en montar un Estado de bienestar social, financiado con el aumento de los impuestos. Fueron también beneficiados por el aumento del salario mínimo, y por el aumento de las transferencias del tipo Bolsa Familia. Los ricos, a su vez, continuaron siendo privilegiados por el no pago de impuestos, por las privatizaciones, por los altos intereses recibidos por la financiarización.

La clase media tradicional, que paga impuestos, se sintió olvidada, entre otras razones porque esos impuestos se destinaban a servicios sociales que ella no utilizaba, porque colocaba sus hijos en las escuelas privadas y participa de planes de salud privados. A esto se sumó, ese mismo año 2013. El juzgamiento del Mensalão que debilitó al gobierno, y el hecho de que la tasa de crecimiento del país continuaba muy baja, reduciendo las oportunidades de empleo. Delante ese cuadro, sectores de la clase media se volcaron para la derecha. Pude percibir algo que nunca había visto en Brasil: el odio político, que se manifestaba en las agresiones a la presidente Dilma durante la Copa del Mundo. La presidente, por su lado, no lograba la reanudación del desarrollo económico, y en ese mismo año cometió su error económico más grave. Decidió embarcarse en una política industrial de grandes exoneraciones fiscales que, sumadas al debilitamiento de la economía, dieron como resultado una gran caída en la recaudación de impuestos del gobierno y la pérdida del control fiscal. El superávit primario, que permaneciera bajo control hasta 2013, en 2014 se transformó en déficit. El crecimiento del PIB fue cero en 2014, y caerá cerca de 3% este año (2015). No obstante, la presidente fue re-electa. Precisamente porque los pobres, que fueron beneficiados en los tres gobiernos del PT, mostraron su agradecimiento. Pero ganó con poco margen, y sin ningún apoyo en las clases medias y alta. Ganó, por lo tanto, sin apoyo en la sociedad civil. Al mismo tiempo, explotaba un nuevo escándalo –Operação Lava-Jato – que alcanzó números elevados, ya llevó prisioneros a empresarios de la construcción civil, y probablemente llevará también a diversos políticos. De esta manera, 2015 está siendo un año de crisis económica, de crisis política y crisis moral. Esto muestra que el Ciclo Democracia y Justicia Social realmente terminó.

Y ahora qué? Los brasileros están perplejos, pero vale hacer algunas consideraciones. En este momento, la derecha y el liberalismo económico están

al ataque, y repiten su propuesta para Brasil que puede ser traducida en una palabra: liberalización. En contrapartida, formo parte de un grupo de economistas y empresarios industriales nuevo-desarrollistas que ofrecen al Brasil la propuesta de reindustrialización. Los liberales y los nuevo-desarrollistas están de acuerdo cuando proponen superávit primario y caída de la deuda pública en los próximos años. Están juntos también cuando defienden mudanzas en la previsión social, estableciendo una edad mínima de jubilación. Pero las semejanzas paran ahí. Los nuevo-desarrollistas proponen que el saldo de la cuenta-corriente, de la balanza comercial y de servicios, sea cero. Están, por lo tanto, radicalmente en contra del populismo cambiario o de la apreciación cambiaria y los déficits en cuenta corriente.

Los liberales económicos aceptan de buen grado los déficits en cuenta corriente. Los nuevo-desarrollistas abogan por la reforma de la Selic, que es una forma de tabla o cronograma (tabulación) de las tasas de interés de largo plazo para reajustarlas, en cuanto que los liberales están satisfechos con los intereses altos y con la institución de la Selic que garantiza esos intereses a los rentistas. Los nuevo-desarrollistas defienden la substitución de impuestos indirectos, regresivos, por impuestos progresivos y el gradual aumento de los recursos para el Estado social en la medida en que haya crecimiento. En cuanto los liberales están contra la progresividad de los impuestos y se oponen a Estado social. Los nuevo-desarrollistas respetan las cuatro lógicas de las sociedades modernas, en particular la lógica del capital y de la democracia. Los liberales obedecen apenas a la lógica de la organización, traducida para ellos en banco central y agencias de regulación independientes, y la lógica del capital rentista. Los nuevo-desarrollistas afirman que en los países en desarrollo existe una tendencia a la sobreapreciación cíclica y crónica del tipo de cambio.

Esto significa que el tipo de cambio sólo se torna competitivo en los momentos de crisis; después, se aprecia, y permanece así varios años hasta que surja una nueva crisis. Por eso defienden una política cambiaria que neutralice la enfermedad holandesa y el mantenimiento de un tipo de cambio en equilibrio competitivo – nivel que hoy está a R\$ 3,80 por dólar, que es fruto de una crisis. Sin una política cambiaria firme, el tipo de cambio volverá a apreciarse, pese a que la crisis aguda sea superada y que el precio de las commodities vuelva a crecer un poco. Ya los liberales rechazan cualquier política cambiaria. No sé cuál de las dos propuestas prevalecerá en el nuevo ciclo de relación Estado-sociedad que hoy está en formación. Lo más probable es que a corto plazo el liberalismo económico se impondrá debido al fracaso del desarrollismo populista. Pero, caso que acontezca, estoy seguro que la propuesta de liberalización tendrá vida corta, porque ella no asegurará la disminución de las desigualdades, ni garantizará estabilidad y crecimiento. Mis amigos, como ustedes ven, mi lucha continua. No soy un político sino un intelectual apasionado por las ideas y que asumí cargos políticos cuando fui convidado. No soy, por eso, un cientista social frío, en la búsqueda de una verdad pura, descarnada. Esa verdad no existe.

En toda mi vida, siempre procuré entender mejor la economía y las demás ciencias sociales para poder contribuir a la solución de los grandes problemas de Brasil y la humanidad. Siempre estuve volcado para la construcción de un Brasil y de un mundo mejor. Se bien que mi capacidad de contribuir es pequeña, pero esto no me desanima. Creo en el progreso – en el avance en la dirección de

aquellos cinco grandes objetivos que las sociedades modernas definen para sí: la seguridad, la libertad individual, el bienestar económico, la justicia social y la protección del ambiente. Sé que hoy, en Brasil y en el mundo, estamos sin proyectos y sin esperanza, pero esos objetivos son un elemento del proyecto necesario. Estoy seguro que podemos repensar nuestro proyecto y reconstruir nuestra esperanza. Muchas gracias.